

## El 21N y el cacerolazo en la revolución del espacio público

Por: Fernando Viviescas M.<sup>1</sup>

**“Dilan, no fuiste el primero, pero ojalá seas el último.”<sup>2</sup>**

Cuando el Presidente habló, hacia las 10 pm. del jueves 21 de Noviembre (21N), el cacerolazo ya estaba ahí, funcionando y conglomerando a la gente de manera espontánea y organizada, redefiniendo las multitudes contemporáneas del país en lo que queda para los anales como el epílogo de la movilización histórica que instauró en Colombia la relación democrática y moderna de la ciudadanía con el espacio público superando, después de 45 años, al Frente Nacional (FN).

A pesar de lo clamoroso de la gigantesca ocupación de las calles y parques que, a esa hora, ya se había extendido a varias de las localidades de la capital, el mandatario no lo oyó porque, como lo había hecho durante las semanas previas a la convocatoria ciudadana, se dedicó, apenas mencionando el derecho a la protesta pacífica, a reiterar las amenazas de represión: *“se aplicará todo el peso de la ley a los que atenten contra la propiedad, la vida y la honra de los ciudadanos de bien”*, insinuando que todo el que participara en las movilizaciones lo hacía para *“destruir la extraordinaria sociedad que hemos construido en doscientos años”*.

Más allá de demostrar su incapacidad intelectual para comprender la sociedad y la política contemporáneas lo que hizo el mandatario, en su fugaz aparición en la pantalla, fue repetir lo que han hecho los gobernantes colombianos durante todo el tiempo de nuestra historia después de la Independencia: aplicar un violento silenciamiento a los reclamos y propuesta que hace la ciudadanía en la perspectiva de construir una versión de sociedad decente.

Con lo cual, se quedó sin percibir el acontecimiento que, por primera vez en la nación, se había desarrollado durante todo el día a lo largo y ancho de los centros urbanos: la ciudadanía colombiana, contra la más agresiva y violenta campaña de amedrentamiento de que se tenga noticia desde el Estado, había instituido al espacio público como su lugar y escenario natural de encuentro, de reflexión, de intercambio y de expresión político-cultural.

Una mirada rápida podría engañarse con respecto al enorme significado que tiene para nuestra historia cultural y política, asumiendo que se trata simplemente de la manera como acá se repite lo que viene sucediendo en un número cada vez más creciente de sociedades contemporáneas: de Hong Kong hasta Santiago de Chile y

---

<sup>1</sup> . Arquitecto Urbanista; Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia; docente en la Maestría de Gobierno Urbano del Instituto de Estudios Urbanos (IEU) de la misma Universidad y catedrático de la Maestría PEGPAU, de la Universidad de Guadalajara, México.

<sup>2</sup> . Texto de una pancarta en una de las marchas del Paro Nacional. Periódico *El ESPECTADOR*, Bogotá: 26/Noviembre/2019, p. 1.

desde Teherán hasta Lima; desde Praga hasta La Paz, pasando por París y Barcelona y de Quito a Bagdad.

Por supuesto que la lectura correcta de la contemporaneidad y la consecuente búsqueda por articular el país con el resto del mundo, como sociedad del siglo XXI, en su crítica de la crisis a la que ha llegado la democracia en el capitalismo neoliberal, que expresa también la movilización que irrumpió en todo el territorio nacional el 21N, es otro de los logros de este fantástico movimiento.

Su valor histórico sin embargo, paradójicamente, se encuentra más allá de esta inteligente articulación orbital porque transforma esencialmente el orden político cultural interno.

En efecto, después de haber reprimido de la manera más bárbara el movimiento del 9 de abril de 1948, las élites colombianas clausuraron violentamente cualquier posibilidad de que la ciudadanía, que iniciaba su proceso de urbanización, pudiera identificar el enorme valor cultural y estructural que tenía la dimensión pública del espacio colectivo.

Y luego, esas mismas castas, después de haber provocado la mayor masacre de que tenga conocimiento América Latina: la llamada Violencia Liberal-Conservadora, que en diez años causó más de 150.000 mujeres y hombres asesinados y millones de desplazados, instauraron en 1958 el Frente Nacional.

Además de asegurarse el usufructo exclusivo y excluyente del gobierno nacional, mediante ese esperpento institucional instauraron el Estado de Sitio como la forma esencial del ejercicio de su dominación conjunta la cual, entre otros adefesios, con la generalización y permanencia del toque de queda, impidió sistemáticamente que se pudiera establecer la menor relación sensible entre los ciudadanos y ciudadanas y el espacio público.

Con ese telón de fondo, incluso agotado el Frente Nacional, siempre que se presentó un intento por asumir la calle como el entorno natural del encuentro ciudadano para la reivindicación social y política, los sectores dominantes montaron la respuesta represiva violenta, la masacre: en junio de 1954 lo mismo que en septiembre 1977 y luego, bajo la forma del Estatuto de Seguridad, en los años ochenta, se expulsó sistemáticamente a sangre y fuego a la población del espacio público, hasta la llegada de la Constitución Política de 1991.

Así, el nacimiento y la consolidación de nuestra propuesta urbana nos llevaron a materializar otro esperpento: creamos la única ciudad que no contempló en su formulación, planeación y formalización el espacio público: aquel ámbito en el cual, en cualquier sociedad civilizada, nos encontramos todos para dilucidar y definir los procesos, movimientos y estatutos que nos determinan la existencia individual y colectiva a todas y todos.

Por estas razones, el extraordinario evento del 21N de ver extendida en nuestras ciudades la dinámica poblacional cubriendo los rincones y pliegues de sus entramados urbanos: sus calles y avenidas, sus parques y plazas, ocupados en toda

su extensión por los hombres y mujeres para exponer sus críticas y propuestas políticas, buscando expresamente incidir activamente en la definición de lo que debe ser el destino inmediato y estratégico de la nación, constituye un hecho sin precedentes en la historia colombiana.

Contra el terror oficial, la gente copó las avenidas consciente de que lo hacía en ejercicio de un derecho fundamental ciudadano: ocupar el espacio público para exponer de viva voz sus reclamos, propuestas y aspiraciones como sociedad.

Con el contundente soporte brindado por las nuevas generaciones, la ciudadanía colombiana dejó claro que ya no nos podrán sacar de nuestras calles y plazas porque como dicen algunas de las consignas, en casi un siglo de represión: *“nos quitaron tantas cosas que nos quitaron el miedo”*.

Frente a las agresivas amenazas de los gazmoños clanes económicos y políticos dominantes, la población expuso en las calles la verdadera dimensión de la Colombia contemporánea y la potencia con la que se proyecta hacia el futuro, consciente de que las tradicionales formas de grosero sometimiento ya van llegando a su fin por la imaginación, conocimiento y sensibilidad que informan a las nuevas maneras de interpretar y de formular proyectos y utopías que esos marcos obsoletos ya no pueden contener ni comprender.

Claro, salieron los trabajadores, sus centrales y sindicatos a evidenciar que todavía, a sangre y fuego, en Colombia se sigue manteniendo la segunda sociedad más inequitativa del continente lo cual, en su devenir, significa deteriorar permanentemente las condiciones de vida de la gran mayoría de nuestros compatriotas.

Pero también las calles y plazas se abrieron para que las mujeres expusieran lo absurdo y vergonzoso de una sociedad en la cual todavía el machismo y el patriarcado permanecen vigentes subtendiendo el arco de la discriminación, el sometimiento y el irrespeto a más de la mitad de la población, desde el interior de las viviendas y hogares hasta los más amplios espacios de representación, de estudio y de trabajo.

Como se apreció en las calles, el campo abierto por esta revolución se ha venido ensanchando y complejizando de tal manera que, incluso en nuestro país, ya se ha abierto a la dinámica de legitimación de la más amplia diversidad de reivindicaciones étnicas y culturales –para nuestros indígenas y poblaciones afrodescendientes- y de género (LGBTI y todas sus derivaciones) cuyos representantes también se hicieron presentes en las movilizaciones, para que nos diéramos cuenta de la enorme brecha que los avances culturales y políticos de la población han abierto, con respecto a los vejesterios ideológicos que pretenden mantener a la fuerzas nuestras castas dominantes.

En esa misma dirección se hicieron presentes los avanzados movimientos que tiene en la lucha contra el calentamiento global y la contaminación de nuestro planeta su razón de ser, los cuales viabilizan la búsqueda de los marcos teóricos científicos y políticos que nos permitan fundamentar no solo la formulación de un

proyecto social y económico más consciente y respetuoso con la naturaleza sino la reformulación de la utopía existencial sostenible hacia el futuro.

Y allí irrumpieron los jóvenes reclamándole al gobierno –y al conjunto del status quo- que se habían “*metido con la generación que no era*”, para hacer sentir que eran absolutamente conscientes de que lo que está en juego es el riesgo de recibir un país (un mundo) agotado e, incluso, sin posibilidades de revertirse.

Con una economía que se prepara, en los proyectos del ejecutivo (en el “paquetazo”) para profundizar los niveles de explotación y las restricciones efectivas al derecho a recibir una educación integral que prepare para distribuir, a la par que la riqueza social que produce la sociedad, también el conocimiento y la sensibilidad a los que se tiene derecho simplemente por ser ciudadanos del mundo.

Ahora bien, ese universo de creatividad, de sensibilidad, de estética y de conocimiento que desplegó la multitud el 21N nos permite concluir que, cuando decimos que se creó un hito histórico no nos referimos a una actuación meramente simbólica o abstracta.

Marcando su territorio cultural y político, allí estuvo la Colombia consciente del compromiso con el futuro, notificándole al gobierno que ese porvenir empezó a abrirse a la posibilidad real de materialización cuando el Estado colombiano firmó el Acuerdo de Paz, el cual adquirió rango constitucional y, por lo tanto, es de obligatorio cumplimiento.

Así, con su ocupación activa y deliberante, se instauró la espacialidad pública existente en el territorio urbano del país como el ámbito por excelencia para el lanzamiento de la plataforma político-social-cultural más completa, compleja y actualizada que se ha podido componer para convocar a la sociedad contemporánea a la construcción de un proyecto de futuro para la Nación colombiana del siglo XXI.

Y es esta compleja dimensión interpretativa, analítica y propositiva que adquiere el espacio público una vez está activado y, por su misma dinámica, se extiende y se diversifica hasta conectar e integrar a su lógica a las redes sociales y digitales, la que hace imposible para las formas tradicionales y heredadas de elaboración de los discursos políticos comprender lo que ha generado el Paro Nacional y, especialmente, las marchas que se han venido adelantando en todo el territorio nacional.

Por eso las dos más connotadas instancias políticas de la tradicional dominación del país: el espectro de las organizaciones políticas -especialmente el gobierno- y los medios de comunicación, fueron tomadas de sorpresa el 21N y siguen sin atinar a saber qué fue lo que pasó y continúan dando palos de ciego –casi siempre con resultados trágicos- en la búsqueda de una eventual solución.

Hacia la caída del atardecer de ese jueves histórico, después de diez horas del más efectivo despliegue de imaginación y creatividad colectivas que haya realizado la

población colombiana, para movilizar la más amplia muchedumbre de que tenga conocimiento la Nación de manera simultánea, pacífica y ordenada en todos los rincones del país, la mayoría de los medios, especialmente televisivos, seguían atorados porque no sabían cómo describir semejante suceso.

Habían estado esperando desde tempranas horas la aparición de *“los ataques y atropellos a la construcción nacional”* que habían anunciado, haciendo eco al clima de terror con el que amenazó la Presidencia, desde semanas antes de la celebración del acontecimiento.

Solo adquirieron “fluidez” en su transmisión cuando ya, de hecho, había finalizado el grueso de las movilizaciones y, como “por arte de magia”, aparecieron las acciones vandálicas de los infiltrados, los encapuchados y el lumpen -que juegan contra las marchas pues desprestigian y minan la credibilidad del movimiento- produciendo, además de enfrentamientos violentos con la policía (activando al ESMAD) estúpidos y criminales atentados y atropellos en algunos sitios de diversas ciudades, particularmente, en el sistema Transmilenio de Bogotá.

A partir de ese giro, el discurso periodístico empezó a transitar por un camino cuya narración resaltaba, ahora en vivo y en directo, los estragos de los infiltrados mediante reportes cada vez más amplios y detallados, de tal manera que las marchas y el sentido pacífico y civilista, creativo y estético que prevaleció para plantear las reivindicaciones se fueron diluyendo y empezaba a desaparecer del espectro informativo.

Es en este momento –y evidentemente como respuesta a la tergiversación que se hacía por los medios de comunicación- cuando se produce el otro hecho histórico o, si se quiere, la segunda parte de la afirmación ciudadana de todo el día, cuya carga simbólica todavía hoy, una semana después de 21N, sigue sembrado estupor y sorpresa: el cacerolazo, actitud que nunca había tenido expresión en Colombia.

Como pudo verse por algunos informes televisivos (el que yo vi referenciaba apartamentos del sector de Las Aguas) el cacerolazo se origina como reacción totalmente espontánea frente a los televisores familiares y se asoma a la calle llamando por las ventanas. En cuestión de minutos evoluciona hacia una dinámica ciudadana una vez que el ruido encuentra eco en otros apartamentos y viviendas y al generalizarse el concierto sale a la calle, tomándose por segunda vez en el día el espacio público en recorridos pacíficos y creativos, en muchos sectores hasta la media noche.

Ese cacerolazo -que casi inmediatamente no solo se extendió hacia los cuatro puntos cardinales de la capital sino que empezó también a emerger en las demás metrópolis de Colombia- tuvo el efecto político-cultural inmediato de restituirle en las pantallas de los noticiarios “oficiales” el espacio, la actualidad y la presencia que los mismos pretendían quitarle a la jornada política que se había sembrado en el espacio público nacional, porque siempre pregonó en las consignas y discursos, en las canciones y en los estribillos su continuidad del sentido pacífico, recreativo y reivindicativo de las movilizaciones diurnas.

De esta manera, al lograr ubicarse en las pantallas televisivas, por su permanencia en las calles y los parques, durante esta semana ha logrado quitarle espacio a –e hizo posible el deslinde con- las escenas de los desmanes producidos al margen de las movilizaciones.

Y así ha permanecido a lo largo de todo el Paro Nacional pues por su potencial ubicuidad, su capacidad para producir acontecimientos y hechos artísticos hace que los medios de comunicación no puedan dejarlo por fuera y tengan que estar cubriendo permanentemente su desarrollo. Por las mismas razones, en cambio, inunda constantemente los cuadrantes de las redes sociales, por lo cual se mantiene como el principal referente informativo y, al mismo tiempo, de convocatoria.

De esa manera, aunque no pudo evitar el asesinato de Dilan Cruz, ha funcionado también como el principal antídoto contra los intentos de infiltración por parte de los vándalos y los provocadores. Acompañó toda la noche del fin de semana en Medellín y ayer, miércoles 27, incluso, tomó la forma de un “Cacerolazo Sinfónico” en el Parque de los Jipis bogotano.

Por todas estas razones el cacerolazo ha quedado integrado a la nueva dimensión político-cultural que la ciudadanía colombiana, en la implementación del Paro Nacional, le ha insuflado –hasta redefinirlo- al concepto de espacio público, pues la combinación que logra entre la simplicidad y cotidianidad intrínseca de las herramientas con las cuales produce su esencia sonora (¡ los instrumentos de cocina!) y la sofisticación tecnológica de los implementos digitales con los cuales “materializa” en las redes sociales su ubicuidad espacial y su “infinitud” temporal, hace que la calle y la avenida, el parque y la plaza, el bulevar y la alameda, al acoger a la multitud –la forma contemporánea de ser la humanidad- puedan adquirir vida y dinámica expresiva en cualquier momento y de manera extendida a toda la geografía.

Es posible que en esa complejidad resida gran parte de la eventual explicación con respecto al extraño fenómeno político que se ha creado hoy por hoy en Colombia. No solo en el sentido de mantenerse vivo el Paro Nacional después de una semana de permanente agitación y de que todavía tenga presencia en todo el territorio nacional, especialmente, en las grandes ciudades, sino que, al mismo tiempo, tenga convulsionado todo el espectro político que no logra atinar a interpretarlo y, mucho menos, a manejarlo.

En efecto, ese es el campo de indagación que se abre ahora, pues estamos ante una coyuntura política y cultural que evidentemente no cabe en los limitados márgenes de interpretación y manejo heredados de los ámbitos políticos tradicionales.

Claro, de momento podemos avanzar con el reconocimiento del avance en la construcción de pensamiento crítico y de afinación interpretativa de la situación integral contemporánea que ha consolidado la ciudadanía colombiana, particularmente después de que se institucionalizó el Acuerdo de Paz logrado en 2016 y que pueden ser evidenciados en la compleja pero pertinente plataforma

política y cultural con la cual se convocó el Paro Nacional –que detallamos en párrafos anteriores-.

De otra parte, en estas páginas hemos tratado de agregar a lo anterior, el razonamiento sobre el significativo y moderno potencial político y cultural que le agrega en la misma perspectiva la instauración contemporánea que se ha logrado consolidar, por parte de la misma ciudadanía, del espacio público como el ámbito espacial y temporal de la acción política –reivindicativa y propositiva- y de la expresión creativa colectiva.

La empatía y la solidaridad con las cuales se ha logrado potenciar la eficacia en la colocación, en el ámbito público y en los medios, de los referentes del Paro y en la generación de nuevos nichos de reflexión y de debate político, devienen en gran medida de la profundización de la reflexión conjunta que se ha logrado en las jornadas de intercambio y de interacción que se han llevado a cabo en los pliegues de los espacios públicos de nuestros centros urbanos y con la dinámica que establecen y escalan las redes sociales.

Ese es uno de los primeros y más significativos resultados de la revolución político-cultural que entraña la instauración que ha hecho la ciudadanía del espacio público –entendido y reivindicado en toda su complejidad compositiva y de funcionamiento- como su ámbito legítimo: como el entorno irrenunciable de su derecho a ser.

Aunque, como es apenas lógico pensarlo, esta revolución apenas empieza, en su proceso generador ya había implantado como antecedente definitivamente exitoso la prueba de su valor y potencia político-culturales, demostrada en la práctica cuando, a finales de 2016, enfrentó y venció las argucias de los sectores más reaccionarios de la política colombiana y logró la institucionalización del Acuerdo de Paz.

Con la envergadura teórica y práctica que ha demostrado en la coyuntura del Paro Nacional y en la impactante exposición que logró el 21N ha hecho que, de ahora en adelante, cualquier planteamiento, propuesta o reivindicación que tienda a incidir en el devenir del gobierno y el manejo de la sociedad colombiana, para su legitimación, tendrá que contar con el resultado de su exposición al análisis y escrutinio en el espacio público.

Y se convierte así en el baluarte fundamental del tránsito que cultural y políticamente ha emprendido la sociedad colombiana para superar pacíficamente, pero de manera definitiva, la preeminencia de la barbarie en la definición de su destino histórico e ingresar de manera solvente en el campo de la civilización y la decencia.

Bogotá, noviembre 29 de 2019.